

las recompensas nacionales. Gracias á los trabajos del sabio ponente, general Charetón, y á la actividad de la comisión parlamentaria encargada de estudiarla, en las sesiones del 7, 8 y 24 del mismo mes se discutió y votó la ley relativa á la organización del ejército. Para la organización del ejército activo, de la reserva de éste, del ejército territorial y de su reserva, el territorio de Francia fué dividido en 18 regiones y en subdivisiones de regiones. Cada región estaba ocupada por un cuerpo de ejército, y había otro destinado á la Argelia. Cada cuerpo de ejército comprendía dos divisiones de infantería, una brigada de caballería, una brigada de artillería, un batallón de ingenieros, un escuadrón del tren de campaña, los Estados mayores y los diversos servicios necesarios.

Como consecuencia de esta ley, un decreto de 28 de septiembre pronunció la disolución de los cuerpos, 1.º, 2.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º y 8.º, que constituían el ejército de Versalles, y su reparto entre los nuevos cuerpos de ejército. El general Ladmirault, que había substituído á Mac-Mahón en el mando en jefe del ejército de Versalles, fué nombrado gobernador de París y comandante superior de la 1.ª división militar. Al frente de los cuerpos de ejército fueron colocados generales de prestigio; militarmente hablando, los nombramientos fueron acertados. Desde el punto de vista político, es de notar que ninguno de los nuevos comandantes era republicano, y que, en cambio, eran casi todos clericales. Sin embargo, los temores que con tal motivo experimentaron los republicanos y los reproches de federalismo militar que dirigieron á la nueva organización carecían de fundamento. El mantenimiento de los siete cuerpos del ejército de Versalles bajo el mando de un solo jefe, en el mes de octubre, hubiera sido más peligroso para las libertades públicas que la división de 18 cuerpos de ejército. Además, fuese cual fuere la organización militar, la rectitud y lealtad de Mac-Mahón eran garantías seguras. No lo dudaban los republicanos, antes del 16 de mayo de 1878; por esto leyeron con viva sorpresa en el *Diario Oficial* de 28 de octubre de 1873 una *Orden al ejército* del general Du Barail y una *Orden del día al ejército* del duque de Magenta.

La *Orden* decía: «El ministro de la Guerra ha recibido del Sr. general Bellemare, comandante de la subdivisión de la Dordoña, una carta en que se niega á reconocer la soberanía de la Asamblea nacional. No pudiendo el ministro de la Guerra tolerar que un oficial en activo servicio conteste la representación legal del país, el Sr. general Bellemare ha sido inmediatamente destituido de su mando y se le ha dado el retiro forzoso, por decreto del señor Presidente de la República.»

La *Orden del día al ejército* era esta: «Soldados, un solo acto de indisciplina se ha cometido en el ejército. El mariscal Presidente de la República está convencido de que no se renovará, pues conoce el espíritu de abnegación que os anima. Sabréis mantener en el ejército esa unión y esa disciplina de que siempre ha dado ejemplo, que constituyen su fuerza y son lo único que puede asegurar la tranquilidad y la independencia del país. Como soldados, nuestro deber está bien trazado; es indiscutible: en todas circunstancias debemos mantener el orden y hacer respetar la legalidad.»

Como vulgarmente se dice, era más el ruido que las

nueces. Ni la soberanía de la asamblea había sido contestada, como lo pretendía el ministro, ni se había cometido ningún acto de indisciplina, como lo creía el mariscal presidente. El general Bellemare, con tanta franqueza como lealtad, había escrito simplemente al ministro de la Guerra, con fecha 25 de octubre, la siguiente carta: «Señor ministro: Hace treinta y tres años que sirvo á Francia con la bandera tricolor, y al gobierno de la República, desde la caída del imperio. No serviré bajo la bandera blanca y no pondré mi espada á disposición de ningún gobierno monárquico, restaurado fuera de la libre expresión de la voluntad nacional. Si, por un imposible, un voto de la mayoría de la asamblea restableciese la monarquía, tengo el honor de rogaros, señor ministro, que desde el momento preciso de ese voto, os sirváis relevarme del mando que me habéis confiado.»

Como se ve, el general Bellemare decía en alta voz y escribía lo que muchos otros oficiales pensaban por lo bajo. Al enviar al ministro de la Guerra, en contestación á una circular confidencial, su dimisión eventual, dado caso de que la Asamblea nacional restableciese la monarquía, no se negaba, en manera alguna, á reconocer la soberanía de esta asamblea; y si cometía «un acto de indisciplina» al protestar contra la substitución de la bandera tricolor por la bandera blanca, ¿cómo calificar la reflexión histórica de Mac-Mahón afirmando que esta substitución «haría que los chassepots se disparasen por sí solos?» Lo más que pudo decirse es que la carta del general Bellemare carecía de oportunidad, pues venía en el momento preciso en que la tentativa de restauración monárquica abortaba definitivamente, en el momento en que el jefe de la Casa de Francia firmaba su abdicación, escribiendo la famosa carta de 27 de octubre, cuya génesis no debemos omitir.

En 5 de agosto, el conde de París y el duque de Chartres, á quienes el príncipe de Joinville había precedido la víspera, hicieron al conde de Chambord, en Frhosdorf, una visita cuyo ceremonial había sido previamente dispuesto. «Señor, dijo el conde de París, vengo á haceros una visita que deseaba realizar hace mucho tiempo. Saludo en vos, en nombre de todos los miembros de mi familia y en mi nombre, no sólo al jefe de nuestra casa, sino que también al único representante del principio monárquico en Francia.» Después del conde de París y su hermano, todos los miembros de la familia de Orleans fueron sucesivamente á visitar al conde de Chambord, á excepción del duque de Aumale, retenido por la presidencia del proceso Bazaine, y la *fusión*, que el Sr. de Falloux perseguía desde hacía veinticinco años, era un hecho. Pero la visita del 4 de agosto era una simplificación y no una solución. Era una simplificación por cuanto no quedaba más que un trono en vez de dos, y no era una solución puesto que había, como antes, dos monarquías, la de derecho divino y la constitucional, y dos banderas, la blanca y la tricolor. No habiendo el conde de Chambord ni el conde de París renunciado á su concepción de la realeza ni á su estandarte, la dificultad subsistía enteramente; y como no se había hablado una palabra de política en la entrevista de 5 de agosto, que no fué más que una reunión de familia, una especie de vuelta del hijo pródigo, cada cual podía interpretar la visita de Frohsdorf

á su gusto, según sus esperanzas ó sus temores. El 18 de agosto, un periódico de París anunció el restablecimiento inminente de la monarquía legítima y hereditaria. El 22 del mismo mes, otro periódico, que se decía no menos bien informado, afirmó que la fusión había fracasado sobre la cuestión de bandera. En aquel momento, una y otra noticias eran inexactas.

Pero si el conde de París y el conde de Chambord habían evitado cuidadosamente la discusión sobre los puntos que los separaban, el centro derecho y la derecha de la asamblea habían aprovechado la ocasión para disipar la mala inteligencia. Renovando la táctica que tan buen resultado les diera antes del 24 de mayo y que les había valido la victoria contra Thiers, estos dos grupos, al cerrarse la asamblea, habían dado plenos poderes á un comité de nueve miembros presidido por el general Changarnier.

Durante todo el mes de agosto, el comité de los Nueve aprovechó hábilmente de las ventajas que la fusión había dado á los partidarios de una ú otra monarquía. No era indispensable explicarse desde luego sobre su carácter y sus condiciones; lo esencial era restablecerla, y si las negociaciones con Frohsdorf fueron al principio poco activas y nada decisivas, la agitación en favor de la restauración, favorecida por la neutralidad del gobierno, se extendió por toda Francia. En París y en Versalles se recogían firmas; en Nuestra Señora de Liesse, cerca de Laón, en Paray-le-Monial (Saona y Loira) y en Hellemmes (Norte), se organizaban inmensas reuniones de católicos, sin preocuparse de los peligros exteriores que podían provocar las amenazas dirigidas contra Italia ó las manifestaciones en favor del poder temporal del papa, y sin preocuparse tampoco de los trastornos interiores, ni de la paralización de los negocios, ni de la desaprobación formal del país. A falta de elecciones legislativas, sistemáticamente aplazadas, hubo elecciones departamentales en diferentes puntos del territorio, el primero y el segundo domingos de agosto, triunfando en todas partes los republicanos. Al reunirse los consejos generales, la presidencia fué obtenida por republicanos en 43 departamentos; en ninguno de ellos la mayoría se atrevió á pronunciarse por la monarquía, ni siquiera fuera de sesión; en cambio, numerosos consejeros generales y muchas Cámaras de comercio enviaron al presidente de la República la expresión de temores hartos fundados; el miedo se propagó de las diputaciones provinciales á la gente de negocios, al mundo del comercio y de la industria.

En las poblaciones rurales, no era ya inquietud, sino una viva irritación lo que se extendía contra los Borbones y particularmente contra el jefe de la Casa de Francia, á quienes juzgaban los campesinos con sus pasiones, sus rencores tenaces y su ignorancia. El nombre de Enrique V sólo evocaba entre ellos recuerdos feudales; la monarquía legítima, apoyada en el clero, no podía ser para ellos sino una reacción contra 1789, que les dió la igualdad civil y la tierra, y contra 1848, que les dió el derecho de sufragio. Es evidente que si el conde de Chambord hubiese subido al trono, no hubiera restablecido el diezmo, ni los derechos feudales, ni el absolutismo, ni la teocracia, ni el billete de confesión; seguramente se hubiese mostrado liberal y moderno, como Carlos X; pero su solo nombre invocaba todos aquellos

recuerdos odiados, sin hablar de los recuerdos más recientes del Terror blanco y de la Congregación.

El pueblo no se engañaba al ver la mano del clero en los preparativos de restauración. El obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, se había comprometido, seis meses antes, á obtener del conde de Chambord que renunciase á la bandera blanca y en una carta enérgica había intimado al pretendiente que cumplierse la misión, que había recibido de la Providencia, de salvar á su pueblo. En 8 de febrero de 1873, con suma altivez el conde de Chambord había contestado rudamente al *Señor obispo* «que no tenía sacrificios que hacer, ni condiciones que recibir, que esperaba poco de la habilidad de los hombres y mucho de la justicia de Dios.» Se podía suponer que monseñor Dupanloup, representante de la derecha parlamentaria, había obrado como diputado y no como obispo. La pastoral del arzobispo de París, de fecha 8 de septiembre, documento oficial y público, tenía más importancia. El arzobispo combatía en ella francamente la unidad italiana y se pronunciaba no menos francamente por la restauración del poder temporal del papa. Inquieto por las consecuencias diplomáticas posibles de esta imprudencia, el duque de Broglie afirmó, en la comisión permanente, que era ajeno á las declaraciones del arzobispo y así lo explicó al gobierno italiano. Sus explicaciones fueron tenidas por nulas por la prensa italiana y recibidas con desconfianza por el gobierno de Víctor Manuel. El aliado de 1859, considerando que la restauración de los Borbones en Francia podía ocasionar en Italia, además de la restauración del poder temporal del papa, una restauración de los príncipes á quienes había él reemplazado, se volvió hacia Prusia y acogió las proposiciones que le había hecho el emperador Guillermo. El 24 de septiembre se supo en Francia que el rey de Italia se encontraba en Berlín.

Entonces fué cuando los miembros que representaban el centro derecho en el comité de los Nueve y que recibían noticias contradictorias de Frohsdorf, solicitaron de sus colegas de la derecha una explicación decisiva. Al cabo de una sesión muy borrascosa en la cual los legitimistas se mantuvieron con firmeza en pro de la bandera blanca y en que los orleanistas propendieron á la ruptura de las negociaciones, acordóse, sin embargo, que estas serían reanudadas y que un delegado del comité de los Nueve, el Sr. Chesnelong, iría á ver al conde de Chambord, á fin de obtener de él una contestación explícita y formal.

Antes de salir de París, el Sr. Chesnelong tuvo conocimiento, como todo el mundo, de las palabras cambiadas, en una entrevista, entre el duque de Audiffret-Pasquier y Mac-Mahón. Estas palabras, que nunca fueron confirmadas, fueron reproducidas en los siguientes términos por el corresponsal del *Times*: «Por lo que á mí toca, dijo el mariscal, debo mantenerme apartado de todos los arreglos de partido. Llamado por la asamblea, en un momento crítico, á hacer respetar sus acuerdos, á ayudar al país y á defender el orden, permanezco dentro de los límites de mis funciones. Mantendré el orden y haré respetar los acuerdos tomados, cualesquiera que fuesen. Haré, sin embargo, una excepción. Háblase de substituir la bandera tricolor por la bandera blanca y, sobre esto, creo deber haceros una advertencia. Si se enarbolase la bandera blanca contra la bandera trico-

lor y apareciese en un balcón frente del cual ondease la otra, los chassepots se dispararían por sí solos y yo no podría responder ni del orden en la calle, ni de la disciplina en el ejército.»

Afectando permanecer neutral, el presidente de la república se inclinaba más bien hacia la solución del centro derecho que hacia la de la derecha, y proclamaba altamente sus preferencias por la bandera tricolor, afirmando que el ejército no reconocería otra. El mariscal y la mayoría de sus ministros sabían muy bien que para las dos soluciones consistentes en la bandera blanca y la monarquía absoluta no había en Francia más que un puñado de viejos sectarios. En tales circunstancias partió Chesnelong para Salzburgo, donde había de reunirse con los Sres. Carayon-Latour, Luciano Brun y Cazenove de Pradines, para conferenciar juntos con el conde de Chambord. A juzgar por el resultado, estas nuevas negociaciones no fueron más decisivas que las anteriores. Sin embargo, de regreso de su misión, Chesnelong, de cuya sinceridad no es posible dudar, dió las seguridades más formales sobre la cuestión de la bandera y sobre la de la monarquía moderada. El mismo conde de Chambord se había adelantado. A principios de octubre se había publicado en la prensa una nota solicitada por los realistas y dictada por el pretendiente. Este pedía que no se operase cambio alguno de bandera antes de que él hubiese tomado posesión del poder. Se reservaba proponer al país y tenía la seguridad de obtener de éste, por medio de sus representantes, en el momento que él juzgase conveniente, una solución compatible con su honor y que creía capaz de satisfacer á la Asamblea y á la nación.

La bandera tricolor era, pues, conservada provisionalmente, á principios de octubre. Ocho días después, esta promesa fué confirmada por el Sr. Chesnelong, y en el acta de la sesión celebrada el 16 por el Comité de los Nueve constan los compromisos terminantes contraídos por el conde de Chambord sobre este punto y sobre todos los demás. Antes de dar á conocer estos compromisos, conviene recordar cuál era, en aquel momento preciso, el estado de la cuestión.

A principios de agosto, la noticia de la fusión, al fin realizada, había hecho creer en la eventualidad, por no decir en la probabilidad de la restauración. Sólo faltaba determinar las condiciones. El Comité de los Nueve había trabajado en ello durante dos meses, sin querer ó sin poder disipar la mala inteligencia que, desde un principio, había dificultado las negociaciones entre París y Frohsdorf. El centro derecho había perdido la paciencia el primero: estaba en minoría en el Comité, donde no contaba más que 4 miembros contra 5, pero contaba con el gobierno y con Mac-Mahón y había dado á entender, á fines de septiembre, que si las negociaciones no obtenían resultado, el gabinete se proponía hacer proposiciones á la Asamblea, en cuanto se abriese. Esta amenaza y la advertencia dada por el mariscal al duque de Audiffret-Pasquier habían provocado la nota remitida á los periódicos, como también las promesas hechas á Chesnelong y consignadas en el acta de 16 de octubre.

En las tres audiencias concedidas al enviado de los Nueve, el conde de Chambord admitió que después del reconocimiento por la Asamblea de su derecho real

hereditario, se discutiría entre el rey y la misma Asamblea una Constitución cuyas principales bases serían: 1.ª, el ejercicio colectivo del poder legislativo por el rey y por dos Cámaras; 2.ª, la atribución del poder ejecutivo al rey; 3.ª, la inviolabilidad de su persona; y 4.ª, la responsabilidad de los ministros.

Las libertades civiles y religiosas, la igualdad ante la ley, el libre acceso de todos los ciudadanos á todos los empleos civiles y militares, el voto anual del impuesto por los representantes de la nación, en una palabra, todas las garantías que constituían el vigente derecho público de los franceses, serían estipulados.

Respecto á la bandera, el conde de Chambord, que «respetaba los sentimientos del ejército por su emblema tinto en sangre de nuestros soldados, que no ha permanecido nunca ajeno á las glorias ni á los dolores de la patria, que nunca tuvo intención de humillar á su país, ni á la bandera bajo la cual han combatido valerosamente nuestros soldados,» admitía la redacción siguiente: «La bandera tricolor es mantenida y no podrá ser modificada sino por el rey y la Asamblea de común acuerdo.»

Aparentemente la derecha pura había cedido sobre todos los puntos á las exigencias del centro derecho; los legitimistas lo habían concedido todo á los orleanistas, y el conde de Chambord otorgaba, con la bandera, la monarquía constitucional y todas las garantías parlamentarias que el conde de París había concedido. El representante de la rama primogénita aceptaba el programa de la rama segundona. El descendiente de Carlos X se prestaba á ser el rey legítimo de la Revolución. Durante diez días, toda Francia creyó que el rey y el Comité de los Nueve se habían puesto completamente de acuerdo, lo mismo que las dos fracciones del Comité; que la fusión era un hecho en el partido realista, como en la familia real; que la entrevista de Salzburgo era la consecuencia natural y el resultado lógico de la visita de Frohsdorf.

El error cometido por Chesnelong lo sufrió todo el mundo. Desde el 16 hasta el 27 de octubre, la Francia entera creyó en la inminencia de la restauración monárquica.

El Comité de los Nueve, bajo la firma de su presidente general Changarnier, trazó el programa de las futuras deliberaciones de la Asamblea nacional, la cual votaría que el gobierno de Francia era la monarquía hereditaria y constitucional; llamaría al trono al conde de Chambord y, después de éste, á los príncipes de la casa de Borbón, sus herederos, y declararía mantenidas todas las garantías que constituyen el derecho público de los franceses. El gobierno del rey presentaría á la Asamblea leyes constitucionales sobre la organización de los altos poderes públicos y el ejercicio de la responsabilidad ministerial. Finalmente, el manifiesto reproducía la frase relativa á la bandera, tal como había figurado en el acta de 16 de octubre.

El centro derecho, reunido el 22 del expresado mes en casa del duque de Audiffret-Pasquier, su presidente, votó la siguiente resolución: La Asamblea nacional proclamaría á Enrique V rey de Francia y, después de éste, á los príncipes de la casa de Borbón, sus herederos; todas las garantías del derecho público de los franceses serían mantenidas; la bandera sería tricolor y el rey no

podría cambiarla sin el asentimiento de la representación nacional.

La derecha pura, reunida el mismo día, en Versalles, bajo la presidencia del Sr. de Larcy, adoptó una resolución análoga.

El centro izquierdo tenía por presidente á León Say. Enterado por el duque de Audiffret-Pasquier, el ex ministro de Hacienda de Thiers negóse á entrar en negociaciones con el centro derecho y afirmó que, en las condiciones en que se presentaba, la monarquía restaurada parecería una revancha de 1789, pero no manifestó duda alguna acerca del mantenimiento de la bandera tricolor, ni acerca de las garantías indicadas por los Nueve y por los dos grupos de la derecha.

En cuanto al gobierno, dió á conocer su opinión por medio de la *Agencia Havas*. *El Constitucional*, periódico oficioso, había anunciado que, en caso de restauración, el duque de Magenta cedería inmediatamente el puesto á Enrique V. La *Agencia Havas* confirmó esta noticia en 23 de octubre.

Tanto la prensa monárquica como la prensa republicana habían tomado estas noticias del *Journal de Paris*, notablemente dirigido por un escritor de buena cepa, el Sr. Hervé, muy adicto á la familia de Orleans y que había publicado en 18 de octubre una relación de los acuerdos tomados cuatro días antes en la entrevista de Salzburgo, conforme á la versión de Chesnelong, añadiendo que el jefe de la casa de Borbón sería rey de Francia dentro de pocos días.

Las reservas hechas por *La Unión*, *La Gaceta de Francia* y otros periódicos que no creían que las cosas estuviesen tan adelantadas como decía el *Journal de Paris*, pasaron completamente inadvertidas. *La Unión* declaró, en términos tan concisos como solemnes, «que el Sr. conde de Chambord no había concedido ni otorgado nada y que subiría al trono, en la majestad é integridad de su principio.» Lo que sobre todo llamó la atención en este suelto, fué la afirmación de que el conde de Chambord subiría al trono.

La nación se indignaba de que dispusiesen de ella sin consultarla, mejor dicho, despreciando su voluntad, tan terminantemente expresada en las cuatro elecciones republicanas de 12 de octubre; se preguntaba si la monarquía, que trataban de restablecer por un voto de mayoría, tendría una base legal suficiente, cuando había trece colegios sin representación en la Asamblea nacional; preveía las inquietudes, las discordias y quizá los trastornos que acarrearía la restauración; pero consideraba esta restauración como hecha y vislumbraba ya la perspectiva de una nueva y próxima revolución.

Y esa convicción de una restauración ya indudable la tenían hasta los familiares del príncipe, que hicieron preparativos para la entrada del rey en su buena ciudad de París y compraron los coches de gala que habían de conducirlo á la catedral. Y hasta el mismo conde de Chambord pareció tenerla, pues aun después de su carta de 27 de octubre á Chesnelong, aun después de esa bomba que destruyó las esperanzas de unos y dispó los temores de los otros, el pretendiente pasó algunos días en Versalles, á cuatro pasos de la Asamblea nacional, y se puso en comunicación con los grupos monárquicos que, al prorrogar por siete años los poderes de Mac-Mahón, dieron el 20 de noviembre una nue-

vá é involuntaria consagración á la República. El rey legítimo fué confinado por siete años á la puerta del Septenio, y lo fué por sus leales de la derecha, por los príncipes de su casa, por su corresponsal de 27 de octubre, Sr. Chesnelong, por los 378 realistas de la Asamblea más realista que ha existido en Francia. Los señores Dahirel y Hervé de Saisy se obstinaron en esperar contra la esperanza y votaron contra la totalidad de la ley de prorrogación. Los Sres. de Aboville, de Belcastel, de Franclieu y Du Temple, con otros tres legitimistas oscuros, se refugiaron en la abstención.

La carta del 27 de octubre, escrita á Chesnelong por



Batbie

el conde de Chambord, contenía, entre otros, los pasajes siguientes:

«... La opinión pública, arrastrada por una corriente que deploro, pretendió que yo consentía al fin en ser el rey legítimo de la Revolución. Yo contaba con el testimonio de un hombre de corazón, y resolví guardar silencio, mientras no me obligaseis á apelar á vuestra lealtad.

»Pero puesto que, á pesar de mis esfuerzos, las malas inteligencias se acumulan, tratando de hacer obscura mi política á cielo abierto, debo toda la verdad á ese país que puede conocerme mal, pero que hace justicia á mi sinceridad, porque sabe que no le engañé nunca y que no le engañaré jamás. Me piden hoy el sacrificio de mi honor. ¿Qué puedo responder, sino que no retracto nada, que nada elimino de mis anteriores declaraciones? Las pretensiones de la víspera me dan la medida de las exigencias de mañana y no puedo consentir en inaugurar un régimen reparador y fuerte con un acto de debilidad.

«... He conservado intacto, durante cuarenta y tres años, el sagrado depósito de nuestras tradiciones y de nuestras libertades. Tengo, pues, derecho á contar con la misma confianza y debo inspirar la misma seguridad.

»Mi persona no es nada; mi principio lo es todo. Francia verá el fin de sus sufrimientos, cuando quiera comprenderlo. Soy el piloto necesario, el único capaz de conducir la nave á puerto, porque para ello tengo misión y autoridad.